Latina
Revista Latina de Comunicación Social
9 – septiembre de 1998

Edita: Laboratorio de Tecnologías de la Información y Nuevos Análisis de Comunicación Social
Depósito Legal: TF-135-98 / ISSN: 1138-5820
Año 1º – Director: Dr. José Manuel de Pablos Coello, catedrático de Periodismo
Facultad de Ciencias de la Información. Pº Tomás y Valiente, s/n. Campus de Guajara. 38071 La Laguna (Tenerife, Canarias; España)
Teléfonos: [34] 922 31 71 71 / 922 31 71 72 / 922 31 71 73

[Julio de 1998]

Notas para el estudio del origen de la comunicación social

(4.795 palabras - 10 páginas)

Dra. María José Ruiz Acosta ©

Profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Sevilla

mjruiz@cica.es

1. Los motivos de un cincuentenario

En los años que cierran el siglo XX resulta gratuito cuestionar el grado de protagonismo adquirido por los medios de comunicación social en las naciones occidentales, fundamentalmente tras el proceso de unificación mantenido desde sus primeras manifestaciones en el siglo XVII. Hoy, en la Baja Edad Media, es, no obstante, desde la pasada centuria cuando esa figura adquiere tintes determinantes, alianza que pone de manifiesto la misma representación de nuestra época como "Era de la Información". Una muestra evidente de que eso se entiende así la constituye el hecho de que, en la actualidad -y presindiendo de las corrientes más externas, surgidas al calor de la defensa de un determinado modelo informativo a ultranza-, cada vez son más numerosos los estudiosos centrados en analizar el contenido de la comunicación como "configurador social".

Entre las razones que exponen, dichos trabajos se refieren, en primer lugar, al progresivo afianzamiento del concepto "opinión pública" y de sus canales de expresión, entre los que, indiscutiblemente, se encuentran los medios de comunicación social (1). Aunque coincidentes de que la realidad de la "opinión pública" supera a la de la "opinión publicada"- pues ésta no agota el espectro de la primera, que se nutre de otros cauces de información y comunicación, que, indudablemente, son también canales de expresión de las actitudes manifiestas -, los dos grupos a los que pertenecen coinciden en que, aquélla, aceptamos que en cualquier sociedad existen cauces de expresión de los fenómenos de "opinión pública", el gradual protagonismo de los llamados "medios industriales de comunicación" desde el siglo XVII, evidencia que la relación entre "opinión pública" y periodismo constituye el punto de mira preferente sobre el papel que juegan tales vías. Con estas palabras lo refleja E. Hatin:

> "Los periódicos [los medios de comunicación, en general], pese a los reproches que se les puede hacer, son en su conjunto una de las fuentes históricas más preciosas; estaría tentado de afirmar que, incluso, la más preciosa. Interprete fiel de los tiempos que ha atravesado, el periódico reproduce su fisonomía más exacta (...) Sólo se puede llegar a la verdad interrogando a estos mil ecos de la opinión, a estos testigos imperturbables de los acontecimientos que, contradiciéndose mutuamente, terminan por dar la verdad de la impresión que ellos producen. Más numerosos, más seguros para la historia moral, política y literaria de los siglos recientes" (2).

En efecto, en plena Modernidad, el periodismo se presentó como un camino, si bien imperfecto, de manifestación de opiniones (3). De hecho, antes de que los periódicos fueran calificados como el cuarto poder -en el contexto de los regímenes parlamentarios-, la prensa, en sus distintas formas (no periódica, regular y diaria), estuvo intimamente unida a lo que se consideraba "opinión pública". Lo indica Cándido Monzón al afirmar que,

> "a partir del siglo XVIII, los diarios se convierten en la mejor ayuda para la formación del público político y en el mejor medio para expresar la opinión pública. En el siglo XIX prolifera la prensa ideológica, doctrinal y política al servicio de ideales políticos, religiosos y sociales; la prensa constituye un marco adecuado para los planteamientos ideológicos y se erige, además, en testigo de las convulsiones sociales de la época"(4).

Y lo ratifica José Luis Dader cuando sostiene que los medios de comunicación social

> "continúan siendo, en cierto sentido, el principal canal no institucionalizado politicamente de expresión y confirmación de las corrientes de opinión, incluida la expresión o publicación de sondeos" (5).

A la luz de los anteriores testimonios, resulta lógico estimar que, si bien en sus orígenes la "opinión pública" fue percibida como un elemento político y, por ello, más directamente relacionado con conceptos como el de soberanía, sufragio, libertades, grupos y partidos, sistemas o gobiernantes, con el tiempo se aproximaría al campo de los comportamientos colectivos, en el mismo centro y de los medios de comunicación(6). Lo demuestran las investigaciones realizadas al respecto: a, durante el siglo XX, se vienen dando cita en torno a la opinión pública, tanto los medios de comunicación como, en ocasiones, el factor de penetración en otros ámbitos, entre los que destaca con nombre propio el de las Ciencias de la Comunicación (7).

La segunda de las razones que explican el auge que la comunicación adquiere en nuestros días brunde sus raíces en la certeza de que la sociedad necesita de equilibrio para constituirse como tal entidad. En esa línea, Alejandro Muñoz Alonso, recogiendo el sentir de historiadores, sociólogos y comunicólogos, plantea incluso abordar el estudio de la Historia desde la perspectiva de la comunicación. Su visión del tema se resume en sugerentes palabras:

> "Nadie duda hoy en día, en efecto, que si hay algo determinante en la Historia de la Humanidad es la comunicación, hasta el punto de que los grandes viajes históricos han estado siempre condicionados o acompañados por cambios en la comunicación (...). Lo cierto es que la comunicación ha jugado siempre o a menudo una función catalizadora del cambio histórico"(8).

Como complemento de los argumentos anteriores, la promulgación del Derecho a la Información ofrece motivos añadidos al valor que se otorga a la comunicación social. Fundamento de una verdadera especialidad jurídica -el Derecho de la información-, la mencionada facultad contribuye al reconocimiento del sujeto universal de la información, es decir, la posibilidad de que todos los hombres -en excepción media- puedan emitir y recibir comunicaciones a través de cualquier sistema(9). De este modo, resulta lógico deducir que el Derecho a la Información -proclamado por las Naciones Unidas en su Declaración de los Derechos Humanos de 1948- implica reconocer las múltiples posibilidades con las que cuenta la Facultad informativa, precisamente porque dicho principio califica "cada acto informativo como algo debido al público" (10); asimismo, demanda el respeto a los derechos de información, pues "como vida que es, como objeto de aprehensión intelectual, se inscribe en unas coordenadas de lugar y tiempo" (11).

En último lugar, la aparición de las tesis positivistas en el análisis de la información ha conducido, inevitablemente, a una mejor comprensión del fenómeno comunicativo. Como explica Gabriel Galdón, el nacimiento del periodismo moderno hacia la mitad del siglo XIX coincidía con la estimación del positivismo como "la cultura dominante". "la conciencia positivista se impregnaba el tejido social" (12). En su seno, recuerda Jacinto Choza, se equiparó lo científico con lo verdadero, lo objetivo, lo formalizado y lo racional, igualando, por exclusión, lo subjetivo con lo irracional, lo sentimental y lo ficticio (13). Lo que así planteaba en 1988 el autor del Manual de Antropología Filosófica lo trabajó el profesor Galdón en el campo informativo en la pretendida disociación y diferenciación entre hechos y juicios de valor, tanto en la clara muestra de que "los hechos son logrados, las opiniones libras". Dividida esquizoid-mente la realidad objeto de la información, a sus profesionales -convertia el investigador jesuano- se les asignaba el papel

> "de reflejar "objetivamente" los hechos, de modo lineal y escueto, sin interpretaciones, adjetivaciones ni valoraciones (...) [En definitiva] la separación de hechos y opiniones, la imparcialidad y la objetividad" (14).

En el ámbito de la investigación, la preminencia de la interpretación positivista, aunque no exenta de valor, impulsaría, sin embargo, la elaboración de una gran cantidad de obras que incluyeron de superar la simple enumeración o catalogación de títulos y datos. Constituyen, pues,

> "descripciones más o menos sistematizadas de las distintas publicaciones, con biografías y anecdotarios de los hombres que les dieron vida, o bien como más o menos completas catalogaciones de periódicos o de periodistas" (15).

Pese a que sus autores, pioneros en el análisis del fenómeno prensa, superaron capitar la función que a ésta correspondía en la nos vida parlamentaria del siglo XIX, lo cierto es que dichos trabajos no han podido evitar constituirse en rígidos moldes. Para superar dicha situación, nuevas corrientes surgidas en la presente centuria han vuelto a poner de relieve la dimensión de una realidad la comunicación social, cuyo estudio movilizo en la actualidad signos recurres en tres ámbitos: científico, político y social.

Quizás, las muestras más evidentes de ese afianzamiento la constituyen dos aspectos trimiantes unidos: a) la estima de la comunicación y la información como objetos de una ciencia, creada -se pretende- para analizar ambos fenómenos; y, b) la urgencia profesional-social de los encargados de transmitir socialmente su contenidos. En suma, cuestiones que remiten, en última instancia, a la necesidad por parte todo el que se reconoce como estudioso de este campo de contar con las razones que justifiquen una concepción científica de la materialidad de temas configurados bajo la denominación de Ciencias de la Comunicación.

2.-Las razones de un nuevo campo de estudio

Numerosos han sido los argumentos expresados a lo largo del presente siglo que se han empeñado en negar la exigencia de una preparación superior para el ejercicio de una actividad -la informativa- que, a lo largo de la Historia, ha vivido en los aledaños de la literatura, de la política o de la bohemia, de una labor a la que, en 1926, el humanista George de la Fuchelle calificaba de aun situatus, junto con la que desempeñaban los banqueros, entre aquellas que no requerían preparación alguna, de un "apetito de ganancias" que, en ocasiones, se transformaba en "apetito de sangre", llegando incluso a ser considerados, como escribía Hilty Johnson en The Front Page, el resultado del cruce de un contrabandista con una prostituta (16).

Afortunadamente, como expresa con acierto Francisco Iglesias,

> "la creciente complejidad de la vida moderna, la elevación general de los niveles culturales y, en suma, las exigencias sociales cada vez más severas, configuraron las condiciones precisas para la demanda de mejores niveles de formación de los profesionales de la información y para la consolidación científica de este campo, lo que requiera un tratamiento sistemático y unitario del fenómeno" (17).

A consecuencia de ello, la comunicación social se va reconociendo, paulatinamente, como una disciplina que precisa de un adecuado marco científico para su examen; también, como un ámbito al que sus estudiosos y profesionales acceden con la oportuna preparación, que garantiza el empleo de los necesarios recursos e instrumentos metodológicos (18). En ambos casos, las facultades y centros creados para examinar la comunicación social y la información se perfilan como los espacios más aptos para i investigación de todos estos fenómenos.

La aspiración descrita no es nueva: ya en el siglo XIX la progresiva especialización de los encargados de manejar esa comunicación social planteó la necesidad de que esta adquiriera perfiles más claros y difanos. Amén de los factores técnicos, jurídicos y políticos auspiciados por las circunstancias de la pasada centuria (19), la gradual fundación centros y la organización de cursos "para periodistas" contribuyeron con decisión a que las diversas formulas de comunicación social existentes -como la prensa, la radio, el cine, la televisión- comenzaran a ser estudiadas como "fenómenos" que, en su conjunto, configuraban el concepto de profesión periodística. Pese a los fracasos (20), de la oportunidad de que inicial particularmente dan fe la primera Escuela Superior de Periodismo de Paris (fundada en 1899), la Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri (1908), la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia (1909) y las más de 45 facultades de universidades norteamericanas que en las primeras décadas de este siglo ya contaban con seminarios especializados en comunicación (21). En España corroboran ese impulso el curso de periodismo de Manuel Araujo en 1887 en la Universidad de Salamanca, la fundación de la Escuela de Periodismo de El Debate (1926), de la Escuela Oficial de Periodismo (1941), del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra (1958), de la Escuela de Periodismo de la Iglesia (1959) -hoy Facultad de Ciencias de la Información y de la Comunicación de las Universidades eclesiásticas, así como el conjunto de entidades privadas repartidas por todo el territorio nacional.

Lógica consecuencia de su trabajo, la comunicación social es cada vez mejor entendida "como si fuera una ciencia, adoptando el método científico, la objetividad científica y los ideales científicos en el proceso completo de la comunicación de masas" (22); un campo multidisciplinar donde se aplican -posiblemente de modo más rigoroso que en el ámbito profesional- los métodos científicos de la investigación social, instrumentos que atenúen la pasividad "en medios deben contar noticias, no analizarlas") y la inocencia periodística ("el periodista debe ser el que aplique una mirada espontánea a todo lo que le rodea").

Contaminados de ese espíritu, esos centros animan la formación de los informadores como científicos, pues, como señala Lawrence Cranberg,

> "el periodismo es en el mismo una ciencia y (...) con una cualificación apropiada, el periodista competente es un científico en ejercicio. [Ambos] avanzan hacia las mismas reglas y sirven a la función necesidad del género humano de conocimiento e interpretación colectivas" (23).

3.-El origen del objeto científico de la comunicación

Admitir la realidad de cualquier ciencia exige, en palabras de Francisco Iglesias, reconocer la existencia de "un cúmulo de saberes ordenados, con un método propio de investigación que permite seguir avanzando y profundizando en el conocimiento del objeto de estudio" (24). En este sentido, nada hay más coherente a la hora de precisar los contenidos de las Ciencias de la Comunicación que definir previamente cuál es el objeto que estudia, entendiendo por éste aquella materia independiente y deslindada y en el procedimiento empleado en la consecución de sus fines (sus instrumentos específicos y su metodología específica). Si, como sostiene Alejandro Muñoz Alonso, "el objeto es lo que corresponde, las positivas preguntas o cuestiones interrogantes sobre un ámbito determinado como científico".

Quizás, la primera cuestión que nos asalta a los implicados en este empeño sea el de fijar el principio de nuestro objeto de estudio, tarea que ha dado lugar al surgimiento de una de las más fructíferas -no por ello menos complejas- líneas de trabajo. En ei, el análisis del desarrollo histórico de la comunicación social ha permitido que, en el seno de las ciencias de la información – más en pleno contacto con el saber y el hacer histórico-, surja una nueva disciplina -la historia de la comunicación-, cuyo cometido reside en identificar los distintos fenómenos que aglutina el concepto de comunicación social, para, posteriormente, ser incardinan en el contexto que los genera.

Tan necesaria labor de fundamentación científica no puede soslayar, sin embargo, que esa nueva disciplina -la Historia de la Comunicación- se haya convertido en un espacio donde convergen las más agrias disputas, las tesis más encontradas o las más claras oposiciones entre los investigadores; discrepancias en cuyo seno se observan -es evidente- los más diversos parecers acerca de la naturaleza misma del fenómeno comunicativo.

Pese a todo ello, y en aras de lograr el consenso al que todo espacio científico aspira, resulta aleccionador realizar un breve excursus a través de una de las cuestiones más espinosas: la que remite al estudio de los criterios empleados para establecer el origen de la comunicación social. Veámoslos.

"El criterio técnico: En su totalidad, los autores que se adscriben a este principio remiten la aparición de la comunicación social a la aparición de determinados instrumentos técnicos que, en ocasiones, posibilitaron la progresiva mecanización de la transmisión de noticias, la mayor multiplicación de los mensajes. Pese a ser consecientes de la existencia de un factor cultural, la mayoría de ellos coinciden en otorgar un protagonismo desmedido al desarrollo de unos sistemas mecánicos que posibilitan un mayor contacto entre los contenidos comunicativos y la sociedad. Modalidades, en suma, que abarcan desde el surgimiento y expansión de la imprenta en Europa, que permitiría la sustitución de la noticia manuscrita por las hojas volantes impresas; el establlo de la Revolución Industrial, que desembocaría en la aplicación del vapor a la imprenta; el auge de la radio, sus capacidades de la televisión y los nuevos medios que, a decir de Marshall McLuhan, conforman el punto de partida de la historia de los mensajes (25).

En su conjunto, la excesiva polarización de estos autores en torno a los métodos "industriales" que vehiculan la labor comunicativa no les impide, sin embargo, aceptar la existencia de otras técnicas que, como el lenguaje oral o la escritura, se convierten en promotores de ese fenómeno. Sin embargo, pese a la importancia de todas ellas en su conjunto (26), lo cierto es que estas investigaciones coinciden en la existencia de valor de otros factores: la libertad de conciencia y de expresión o la extensión de la idea de la tolerancia.- "sin los que aquella transformación tecnológica habría tenido mucho menos alcance" (27).

"El criterio temporal. Como punto de partida, estos estudiosos defienden la existencia de comunicaciones sociales cuando se perciben los mínimos rasgos de periodicidad, atributos que diferencian las manifestaciones informativas de otras también producidas en el ámbito de lo escrito, como puede ser el libro. Para aquellos, el origen del objeto de la Historia de la Comunicación coincidiría con las primeras publicaciones regulares de carácter anual después del siglo XV: los calendarios impresos en Paris, Maguncia o Ginebra, y, que, una centuria más tarde, alcanzaron, de la mano de Michael von Aitzing, una regularidad semestral.

En esa línea, aunque con leves matizaciones, se emmarcan los trabajos de Georges Weill y Ferdinand Terrou, quienes hacen coincidir el inicio de la comunicación social con el comienzo de las gacetas en el siglo XVII -las hojas de noticias de Augsburgo y Estrasburgo-; y de los primeros periódicos diarios a comienzos del XVIII. Concretamente para el primero -advierte Sara Núñez de Prado-, "todo lo que vio el siglo XII al XVIII no es más que protoperiodismo". Y lo anterior, si se quiere, aún peor (28). Ciertamente, para el autor del clásico texto El Periódico la creación de la imprenta no constituye el momento más relevante de todo el proceso; a su juicio, revistió mucha más importancia el momento en que dicho arte permitió el paso de la organización postal y de correos, la aplicación del vapor y la aparición de los primeros ferrocarriles; se asienta en Europa con tal fuerza que permite el advenimiento de una verdadera información social: la prensa de periodicidad diaria (29).

Mucho más lejos en sus planteamientos llega José Luis Martínez Albertos, que centra toda su atención en la comunicación ligada a los limites del tiempo, precisada por la actualidad y que utiliza como canales los medios de difusión masiva o las técnicas de difusión colectiva (30). De suyo, una información que califica de "contingente", para contraponerla a aquellas otras - enseñanza, educación, aportación de información artística- basadas en procedimientos de difusión "más lentos".

"El criterio socio-cultural. Partidarios de que no se puede delimitar el objeto de la comunicación sin realizar una constante referencia a la sociedad, ni tampoco prescindir de aquélla a la hora de detallar la evolución de ésta, los autores que incluimos en este grupo se muestran partidarios de reconocer la necesaria ligazón existente entre el origen de la comunicación y las primeras entidades organizadas que fundó el hombre.

Así, y al margen del análisis de los diversos "medios transmisores" que la comunicación haya empleado -cartas, escritos, impresos, etc.-, investigadores de la talla de César Aguilera, Pierre Albert, Alejandro Pizarroso Quintero o Jesús Timoteo Álvarez no dudan en admitir que dicho fenómeno ha existido desde la más remota Antigüedad: manifestación ligada a la necesidad de mantener una situación social, económica o cultural, la entidad de cada núcleo de población en cada etapa concreta.

Entiende el primero de ellos que el término comunicación social acaga a más fenómenos que los puramente periodísticos, lo que implica aludir al punto de partida del estudio de esas manifestaciones en el análisis de los mensajes públicos emitidos con ayuda de sonidos bucales o gestos corporales. En esa línea de recoger el fenómeno comunicativo en toda su amplitud se sitúan, asimismo, las propuestas de Angel Benito y Jesús Timoteo Álvarez, para quienes las primeras manifestaciones informativas hubieron de ser necesariamente orales o visuales, antes de que se formalizaran por escrito hacia el 3.000 a.C. (31). Para ambos, la aparición de una sociedad organizada sería similitud con los asentamientos de modo permanente en la actualidad, consecuencia lógica de que fueron concebidas por y para unas sociedades distintas de las nuestras, y cuyos medios de expresión respondían, lógicamente, a necesidades diferentes.

Por su parte, el investigador francés Pierre Albert aporta en su Historia de la prensa las pruebas que, a su juicio, demuestran que existía información en civilizaciones que precedían a la imprenta (los aedos griegos, los trovers del Medioevo, los mercaderes africanos), intentando presentar, de ese modo, que la comunicación social se vale de muy diversos órganos, no exclusivamente ligados a la innovación de Gutenberg (32).

En último lugar, Alejandro Pizarroso califica a la comunicación social como un fenómeno tan especificamente humano que,

> "desde que podemos hablar del hombre en la Tierra, de las sociedades humanas hemos de concluir que existe el fenómeno de la comunicación social, el fenómeno de la información" (33).

Desde la perspectiva aportada por todos ellos resulta lógico reconocer la existencia de una disciplina que denominan Historia de la Comunicación, ámbito que aglutina el conjunto de investigaciones destinadas a profundizar en algo tan fundamental en toda ciencia como es el origen de su objeto de estudio. En ei, un espacio donde se investiga y explica la evolución de la comunicación social, entendiendo por ésta todo lo que puede conjugarse con los términos de periodismo, publicidad y propaganda; una comunicación social ya presente en las primeras sociedades organizadas, ligada a los centros de decisión y que se manifestaría mediante diferentes técnicas comunicativas -la palabra, la escritura, la imagen-, multiplicadoras, a su vez, de los mensajes que cobraban a esas agrupaciones humanas.

Notas

1.- Vid. H. SPEIER, "El desarrollo histórico de la opinión pública", en Ch. Steinberg y W.A. Bluen, Los medios de comunicación social, Robie, México 1969; R. RIVADENEIRA, Philip Meyer comenta que, cuando en la Grecia de los años treinta de este siglo, James Bryant Conant tuvo que pensar a qué destinaba unas inesperada donación a Harvard para mejorar los criterios estándares del profesorado, decidió establecer un plan de materias de cultura general para periodistas con formación universitaria de primer ciclo. Y lo hizo así porque consideraba que no existía la suficiente base de materias propias como para justificar la creación de una escuela de periodismo (Vid. Philip MEYER, Periodismo de precisión, Nuevas fronteras para la investigación periodística, Bosch, Barcelona 1993, págs. 25-26).

2.- E. HATIN, Les Gacettes de Holland ou la Presse clandestine aux XVII et XVIII siècles, Paris,1865, págs. 13-14, citado por Teófanes Egido López, Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759), Universidad de Valladolid, Valladolid 1971, pág.

3.- Vid. Miguel LIRABAYEN, Estructura de la información periodística. Concepto y métodos, Mitre, Barcelona 1988.

4 Ai sus aseritamiento como tal vía contribuyeron factores de diversa índole como la invención de la imprenta; el incremento, a mediados del siglo XVI del comercio internacional, con la consiguiente generación de interés por todo tipo de noticias provenientes de puntos cada vez más lejanos; las luchas religiosas entre la Reforma y la Contrarreforma que propicien el aumento de la alfabetización con el claro fin de poder leer directamente literatura religiosa; el desarrollo de las concentraciones urbanas y el éxito de ciertas instituciones sociales, como el café y los salones, e

5.- Vid. Manuel TUÑON DE LARA (dir.), La prensa en los siglos XIX y XX, Universidad del País Vasco, Bilbao 1986; y Josep-Francesc VALLS, Prensa y burguesía en el XIX español, Anthropos, Barcelona 1988.

6.- José Luis DADER, Apuntes para un curso general de Opinión Pública y Periodismo, texto inédito, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, pág. 195.

7.- Vid. J. HABERMAS, Historia y crítica de la opinión pública, Gustavo Gili, Barcelona 1981; y José Manuel BERNARDO DE ARÉS, Ideología y opiciones políticas a través de la prensa, Diputación, Córdoba 1981.

8.- Vid. Cándido MONZON ARRIBAS, op. cit., págs. 35-45. El investigador realiza un amplio recorrido por la obra de diversos autores centrados en este aspecto, tales como E.A. Ross y McDougall, Lemert, el ya citado Habermas, A.F. Bentley, Ch.H. Cooley, Torries, Lippmann y Laswell.

9.- Alejandro MUÑOZ ALONSO en Sara Núñez de Prado (Coor.), Comunicación social y poder, Ed. Universitas, Madrid 1993, pág. 13.

10.- Vid. Ana AZURMENDI, Derecho de la información. Guía jurídica para profesionales de la comunicación, Eunsa, Pamplona, 1997.

11.- Ib. , pág. 27.

12.- Carlos SORIA SÁIZ, Derecho de la Información: análisis de su concepto, Ed. Ecam, San José de Costa Rica 1987, pág. 5.

13.- Gabriel GALDÓN LÓPEZ, Desinformación. Método, aspectos y soluciones, Eunsa, Pamplona 1994, pág. 19.

14.- Jacinto CHOZA, citado por Gabriel Galdón López, op. cit., pág. 19.

15.- Gabriel GALDON LOPEZ, op. cit., pág. 20.

16.- Alejandro PIZARROSO QUINTERO (Ed.), Historia de la Prensa, Ed. Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid 1994, pág. 3.

17.- Vid. Carlos SORIA SAIZ, La crisis de identidad del periodista, Mitre, Barcelona, 1989.

18.- Francisco IGLESIAS, Guía de los estudios universitarios. Ciencias de la Información, Eunsa, Pamplona 1984, pág. 50.

19.- Vid. Andrés ROMERO RUBIO, "Ciencia, formación académica, titulación profesional (I), en Información, opinión, mensaje y medios. Revista de Ciencias de la Comunicación, Ceade, Sevilla, 1997, nº 1, págs. 21-48.

20.- Entre los de carácter técnico sobresale el nacimiento de la empresa periodística con la complejidad intelectual, organizativa y financiera que la determina: entre los de entidad jurídica, el afianzamiento del derecho de las profesiones que instaura la Revolución Francesa; y entre los políticos, el control de los informadores que postulan los fascismos europeos, que se inicia con el establecimiento de las primeras formulas para legitimar a los periodistas.

21.- Además del revelo sufrido por el general Robert E. Lee en 1869 en su intento de crear unas clases especiales para periodistas en el Washington College, Philip Meyer comenta que, cuando en la primera de los años treinta de este siglo, James Bryant Conant tuvo que pensar a qué destinaba unas inesperada donación a Harvard para mejorar los criterios estándares del profesorado, decidió establecer un plan de materias de cultura general para periodistas con formación universitaria de primer ciclo. Y lo hizo así porque consideraba que no existía la suficiente base de materias propias como para justificar la creación de una escuela de periodismo (Vid. Philip MEYER, Periodismo de precisión, Nuevas fronteras para la investigación periodística, Bosch, Barcelona 1993, págs. 25-26).

22.- Vid. Manuel VIGIL Y VÁZQUEZ, El periodismo enseñado. De la Escuela de "El Debate" a Ciencias de la Información, Mitre, Barcelona 1987; y Mercedes GORDÓN PÉREZ, La enseñanza del periodismo en el mundo occidental. Estudio teórico y comparado de tres escuelas, Ed. Universidad Complutense de Madrid, Madrid 1991.

23.- Philip MEYER, op. cit, pág. 31. Vid. Luis BRAJNOVIC, El ámbito científico de la información, Eunsa, Pamplona 1979.

24.- Lawrence CRANBERG, citado por Philip Meyer, op. cit., pág. 29-30. A ello, añade el autor de Periodismo de Precisión que "el mundo se ha vuelto tan complicado, el incremento de la información disponible tan superior, que el periodista tiene que ser alguien que criba y no sólo que transmite, un organizador y no sólo un intérprete, así como alguien que reúne y hace accesibles los hechos" (Philip MEYER, op. cit., pág. 23).

25.- Francisco IGLESIAS, op. cit., pág. 38.

26.- Vid. Marshall McLUHAN, La galaxia Gutenberg. Génesis del "Homo typographicus", Planeta-Agostini, Barcelona 1985.

27.- En justo reconocer que el asentamiento de la imprenta a partir del siglo XV y XVI, de las postas como sistema organizado en el XVII, así como del ferrocarril, el teléfono, la litografía, la linotipia y las máquinas de escribir en la Contemporaneidad han posibilitado que la información llegue a un público más extenso de forma regular, universalizándose la función de la comunicación social que inaugura en 1752 el inglés Daily Courant. En palabras de Alejandro Muñoz Alonso, la imprenta implica "un decisivo cambio tecnológico que permite la difusión del saber y de la información hasta unos límites impensables hasta ese momento (...). Con la imprenta se pasa de unos límites que se basan para la aparición del primer medio moderno de comunicación de masas, la Prensa" (en Sara NÚÑEZ DE PRADO (Coor.), op. cit., pág. 14).

28.- Alejandro MUÑOZ ALONSO, citado por Sara Núñez de Prado, op. cit., pág. 14. Vid. Ricardo ACIRÓN ROYO, "Relaciones medios-docencia-investigación en el campo de la comunicación", en Estudios de Periodismo, nº 1, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad de La Laguna, Tenerife 1992, págs. 30-42.

29.- Sara NUÑEZ DE PRADO, op. cit., pág. 17.

30.- En palabras de Georges Weill: "La invención de la imprenta es lo que ha hecho posible el periódico (...). Estos, según nuestros actuales conocimientos, aparecen al comienzo del siglo XVII" (Georges WEILL, El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica, Uteha, México 1962, pág. 1).

31.- Vid. José Luis MARTÍNEZ ALBERTOS, La información en una sociedad industrial, Tecnos, Madrid 1972.

32.- Vid. Jesús TIMOTEO ALVAREZ, "Elementos para un nuevo modelo de análisis histórico. De la historia del periodismo a la "historia social", en Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a Don Jesús Pabón, Revista de la Universidad Complutense, Madrid julio-septiembre 1979; y Angel BENITO, Fundamentos de Teoría General de la Información, Pirámide, Madrid 1982.

33.- Vid. Pierre ALBERT, Historia de la prensa, Ed. Rialp, Madrid 1990.

34.- Alejandro PIZARROSO, op. cit., pág. 8.

FORMA DE CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

Ruiz Acosta, María José (1998): Notas para el estudio del origen de la comunicación social. Revista Latina de Comunicación Social, 9. Recuperado el x de xxxx de 200x de:
http://www.ull.es/publicaciones/latina/a/42mju.htm